

CONFERENCIA DE DESARME

CD/1625
13 de septiembre de 2000

ESPAÑOL
Original: INGLÉS

CARTA DE FECHA 6 DE SEPTIEMBRE DE 2000 DIRIGIDA AL SECRETARIO GENERAL DE LA CONFERENCIA DE DESARME POR EL REPRESENTANTE PERMANENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA ANTE LA CONFERENCIA POR LA QUE SE TRANSMITE EL TEXTO DE LAS OBSERVACIONES HECHAS POR EL PRESIDENTE CLINTON EL 1° DE SEPTIEMBRE DE 2000 EN LA UNIVERSIDAD DE GEORGETOWN EN RELACIÓN CON LA DEFENSA NACIONAL ANTIMISILES, ASÍ COMO UNA NOTA DESCRIPTIVA SOBRE LA DEFENSA ANTIMISILES

Se adjunta el texto de las observaciones hechas por el Presidente Clinton el 1° de septiembre de 2000 en la Universidad de Georgetown en relación con la defensa nacional antimisiles, así como una nota descriptiva sobre la defensa antimisiles.

Le agradecería que hiciera publicar los presentes textos como documento oficial de la Conferencia de Desarme y que éste se distribuyera entre todos los Estados miembros y los Estados no miembros de la Conferencia que participan en su labor.

(Firmado):

Robert T. Grey, Jr.
Embajador
Representante Permanente de los Estados Unidos
ante la Conferencia de Desarme

OBSERVACIONES HECHAS POR EL PRESIDENTE SOBRE LA
DEFENSA NACIONAL ANTIMISILES

Gaston Hall
Universidad de Georgetown
Washington D.C.

EL PRESIDENTE: Muchas gracias. Ante tan calurosa acogida y ante sus aplausos tras algunas de las primeras palabras del decano Gallucci, me congratulo de que sea objeto de este tipo de recepción, ya que le he confiado muchas tareas ingratas en nuestro Gobierno, en las que nunca han resonado aplausos, y las ha cumplido brillantemente. Me complace mucho el gran éxito de que está disfrutando como decano. Y muchas gracias rector Brown por recibirme entre ustedes.

Les dije al llegar que me alegraba de que el padre O'Donovan no estuviese hoy aquí; sé, por la frecuencia con que vengo, que si sigo viniendo en algún momento le va a pasar una factura al Tesoro de los Estados Unidos en favor del Fondo de Dotación de la Universidad.

Pensaba mientras veníamos y Bob hablaba acerca del inicio del año académico, que han transcurrido 35 años desde que, como estudiante de segundo año, me hice cargo de la orientación de los estudiantes de primer año. Así es que pensé que debía venir a contribuir a que la orientación de los nuevos estudiantes se iniciase con buen pie el presente año.

Debo confesar que también he pensado, tras tan entusiasta acogida, que si aún fuera candidato para un cargo público tal vez me habría puesto de pie, habría saludado y me habría sentado, retirándome ganador.

Hoy vengo a hablarles acerca de un tema que no suscita muchos aplausos, pero que es muy, muy importante para el futuro de ustedes: la defensa de nuestra nación en momentos de una paz y una prosperidad sin precedentes, sin amenaza inmediata alguna para nuestra seguridad o nuestra existencia, con nuestros valores democráticos en pleno auge, y nuestras alianzas firmes, y en que las grandes fuerzas del presente, la mundialización y la revolución informática actúan sin duda en beneficio de una sociedad como la nuestra, con nuestra diversidad y nuestra apertura, así como nuestro espíritu de empresa.

En circunstancias como ésta es tentador, aunque erróneo, creer que nuestra seguridad está exenta de serias amenazas a largo plazo. La rápida propagación de la tecnología, facilitada por fronteras cada vez menos herméticas, plantea el espectro de que cada vez más Estados, terroristas y bandas de maleantes altamente organizadas podrían obtener acceso a armas químicas, biológicas o incluso nucleares, y a sus vectores, ya sean pequeñas unidades desplegadas por terroristas en nuestro propio territorio, o misiles balísticos capaces de lanzar esas armas contra objetivos ubicados en los antípodas.

Quisiera examinar hoy estas amenazas con ustedes, porque tendrán que vérselas con ellas mucho más tiempo que yo. En especial, quisiera hablar acerca de la amenaza que representan los misiles balísticos. Es una amenaza real, cada vez mayor, que ha imprimido nueva urgencia al debate acerca de la defensa nacional antimisiles, conocida popularmente como NMD.

Cuando llegué a la Presidencia, asigné la máxima importancia en nuestro programa de seguridad nacional a nuestro empeño en poner fin a la proliferación de las armas de destrucción en masa. Desde entonces, hemos llevado adelante una estrategia amplia para reducir y hacer más seguros los arsenales nucleares, fortalecer el régimen internacional de prohibición de las armas biológicas y los ensayos nucleares y poner fin a la transferencia de tecnologías peligrosas a naciones que podrían querer hacernos daño.

Al mismo tiempo, hemos seguido incursionando en nuevas tecnologías que podrían fortalecer nuestras defensas contra un posible ataque, en particular un ataque terrorista en nuestro propio suelo.

Ninguno de estos elementos de nuestra estrategia de seguridad nacional puede abordarse en forma aislada. Cada uno es importante, y hemos progresado en todas las esferas. Por ejemplo, en el último decenio Rusia y los Estados Unidos han destruido ya unas 25.000 armas nucleares. Y hemos convenido en que, en un tratado START III, reduciremos un 80% respecto del nivel de hace un decenio.

En 1994 persuadimos a Ucrania, Kazajstán y Belarús, tres antiguas repúblicas soviéticas, para que renunciaran completamente a sus armas nucleares. Hemos trabajado con Rusia y sus vecinos para eliminar centenares de toneladas de material nuclear peligroso, fortalecer los controles sobre una lista de artículos de exportación y evitar que los científicos especialistas en armas vendan sus servicios al mejor postor.

Prorrogamos indefinidamente el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares. Fuimos la primerísima nación en firmar el Tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares, idea adoptada por primera vez por los Presidentes Kennedy y Eisenhower. Sesenta naciones han ratificado ya el Tratado de prohibición de los ensayos nucleares. Opino que el Senado de los Estados Unidos cometió un grave error al no ratificarlo el año pasado, y espero que se rectifique el año próximo.

También negociamos y ratificamos la Convención internacional sobre la prohibición de las armas químicas, y fortalecimos la Convención sobre armas biológicas. Hemos usado nuestros controles de las exportaciones para negar a los terroristas y posibles adversarios acceso a material y equipo necesarios para fabricar armas de esa índole.

Hemos impuesto sanciones a quienes contribuyen a programas de armas químicas y biológicas en el extranjero, hemos invertido en equipo nuevo y contramedidas médicas para proteger a las personas contra la exposición. Y estamos trabajando con dependencias médicas estatales y locales en todo el país para fortalecer nuestra preparación en caso de un ataque terrorista con armas químicas o biológicas que, a juicio de muchos, representa la nueva amenaza para la seguridad más probable del siglo XXI.

También hemos actuado con miras a reducir la amenaza que representan los Estados que se han procurado armas de destrucción en masa y misiles balísticos, que al mismo tiempo realizan actividades inconfundiblemente hostiles a nuestros intereses a largo plazo. Durante más de un decenio -perdón, durante casi un decenio- hemos desviado un 90% de los ingresos del Iraq procedentes del petróleo de la producción de armas a la compra de alimentos y medicamentos.

Esta es una estadística importante para quienes creen que nuestras sanciones sólo son negativas para la población, en particular los niños del Iraq. En 1989 el Iraq obtuvo 15.000 millones de dólares gracias a sus exportaciones de petróleo, de los cuales dedicó 13.000 millones de dólares a gastos militares. Este año el Iraq espera percibir 19.000 millones de dólares de sus exportaciones legales de petróleo por alimentos, que no pueden dedicarse a gastos militares.

Hemos trabajado para atajar los esfuerzos del Irán para desarrollar armas nucleares y tecnología de misiles, convenciendo a China de que no preste más asistencia al programa nuclear del Irán y presionando a Rusia para que fortalezca sus controles sobre la exportación de tecnologías delicadas.

En 1994, seis años después de que los Estados Unidos se enteraran por primera vez de que Corea del Norte tenía un programa de armas nucleares, negociamos el acuerdo que, como podrá comprobarse, ha congelado su producción de plutonio para armas nucleares. Actualmente, en el contexto de las negociaciones de los Estados Unidos con el Norte, de los esfuerzos diplomáticos de Bill Perry, ex Secretario de la Defensa y, más recientemente, de la cumbre entre los Presidentes de Corea del Norte y Corea del Sur, Corea del Norte se abstiene de someter a un vuelo de prueba a un nuevo misil que podría suponer un peligro para los Estados Unidos.

Debemos ser claros: la capacidad de Corea del Norte sigue siendo una cuestión inquietante y sus intenciones no están claras. Pero su moratoria sobre los ensayos de misiles representa una evolución positiva que conviene seguir de cerca.

Estos esfuerzos diplomáticos para hacer frente a la amenaza de la proliferación están respaldados por sólidos contactos de nuestras fuerzas armadas en todo el mundo. Hoy día, los Estados Unidos gozan de una abrumadora superioridad militar sobre cualquier posible adversario. Por ejemplo, en 1985 gastábamos en defensa tanto como Rusia, China y Corea del Norte juntos. Actualmente gastamos casi tres veces más, aproximadamente 300.000 millones de dólares por año. Y sin duda alguna nuestra tecnología militar está mucho más adelantada que la del resto del mundo.

El principio de la disuasión nos fue muy útil durante la guerra fría, y la disuasión sigue siendo esencial. La amenaza de una represalia aplastante disuadió a Saddam Hussein de usar armas de destrucción en masa durante la guerra del Golfo. Nuestras fuerzas en Corea del Sur han disuadido a Corea del Norte de lanzar una agresión durante 47 años.

Pero me pregunto, ¿podrá protegernos la disuasión de todos aquellos que querrían hacernos daño en el futuro? ¿Podemos incrementar aún más la seguridad del país? El deseo de responder a estas preguntas es lo que impulsa la investigación de la defensa nacional antimisiles. Tenemos que ver qué más podemos hacer, no tanto para hacer frente a la amenaza actual, sino para hacer frente a los peligros para nuestra seguridad el día de mañana.

Por ejemplo, existe la posibilidad de que un Estado hostil poseedor de armas nucleares y misiles de largo alcance simplemente se desintegre y que el control sobre los misiles caiga en manos inestables; o que en un momento de desesperación, ese país cometa un error de cálculo, creyendo poder recurrir a sus armas nucleares para intimidarnos, con la intención de disuadirnos

de defender nuestros intereses vitales o de salir en defensa de nuestros aliados u otras partes, indefensas o evidentemente necesitadas.

En el futuro, no podremos descartar la posibilidad de que grupos terroristas nos ataquen con armas nucleares si consiguen apoderarse, siquiera sea temporalmente, del poder en un Estado poseedor de esas armas.

Ahora bien, nadie sugiere que la defensa nacional antimisiles pueda suplantar jamás a la diplomacia o a la disuasión. Pero ese sistema, de funcionar debidamente, podría aportar una dimensión más de seguridad en un mundo en el que la proliferación ha complicado la tarea de preservar la paz. Por lo tanto, creo que estamos obligados a determinar la viabilidad, la eficacia y la repercusión de la defensa nacional antimisiles en relación con la seguridad general de los Estados Unidos.

El sistema que se está desarrollando actualmente está ideado para funcionar como sigue. En caso de un ataque, nuestros satélites detectarían el lanzamiento de misiles. Nuestro radar seguiría a la ojiva enemiga, que sería destruida por interceptores de alta precisión y gran velocidad, emplazados en tierra, antes de que pudiera alcanzar su objetivo en los Estados Unidos.

Hemos logrado considerables adelantos en relación con un sistema que tendría su base en Alaska y que, una vez que comenzara a funcionar, protegería a los 50 Estados de las amenazas de misiles que podemos anticipar a corto plazo, procedentes de Corea del Norte y del Oriente Medio. El sistema podría emplazarse antes que cualquiera de las otras soluciones propuestas.

Desde el pasado otoño hemos venido realizando vuelos de prueba para determinar si este sistema de defensa nacional antimisiles puede realmente interceptar un misil balístico. Hemos comenzado a comprobar que las diferentes partes del sistema pueden trabajar juntas.

Nuestro Departamento de Defensa ha tenido que superar desalentadores obstáculos técnicos en un plazo sumamente breve, y me siento orgulloso de la labor realizada por el Secretario Cohen, el General Shelton y sus grupos de expertos.

Nuestros ensayos han demostrado que es realmente posible darle a una bala con una bala. Aun así, pese a la prometedora tecnología del sistema de defensa nacional antimisiles, éste no ha sido probado aún en conjunto. Después del éxito del ensayo inicial, nuestros dos últimos ensayos fallaron, por diversas razones, sin que se consiguiese una interceptación. Se han previsto varios ensayos más que nos dirán si podemos confiar en que el sistema de defensa nacional antimisiles funcione en condiciones reales. Queda pendiente el ensayo de elementos críticos del programa, como el cohete propulsor del interceptor de misiles.

También está pendiente la cuestión de determinar si el sistema es capaz de hacer frente a contramedidas, o sea, medidas adoptadas por quienes lanzan los misiles para confundir a la defensa antimisiles, haciéndola creer que ha dado en el blanco, cuando en realidad no es así.

Es razonablemente posible que todas estas dificultades se superen oportunamente. Pero, con la información de que dispongo ahora, sencillamente no puedo llegar a la conclusión de que tenemos suficiente confianza en la tecnología y en la eficacia operacional de todo el sistema de defensa nacional antimisiles como para proceder a desplegarlo.

Por lo tanto, he decidido no autorizar por ahora el despliegue de un sistema de defensa nacional antimisiles. En cambio, he pedido al Secretario Cohen que prosiga con un intenso programa de perfeccionamiento y ensayos. Este esfuerzo está aún en una de sus etapas iniciales. Hasta ahora sólo se han realizado 3 de los 19 ensayos de interceptación programados. Necesitamos realizar más ensayos con objetivos más difíciles y más simulaciones, antes de que podamos dedicar responsablemente los recursos de nuestra nación al despliegue.

Debemos aprovechar este tiempo para asegurar que de desplegarse el sistema de defensa nacional antimisiles, mejoraría realmente nuestra seguridad nacional general. Y volveré sobre esto en breve.

Quiero que sepan que adopté esta decisión de no desplegar el sistema de defensa nacional contra los misiles después de una cuidadosa deliberación. Mi decisión no influirá significativamente en la fecha en que la Administración decida desplegar todo el sistema, si así lo entiende el próximo Presidente.

El mejor parecer de los expertos que han examinado esta cuestión es que si nos comprometiéramos ahora a construir el sistema, probablemente estaría funcionando para 2006 ó 2007. Si el siguiente Presidente decide seguir adelante el próximo año, el sistema podría estar listo de todas maneras para esa fecha.

Mientras tanto, seguiremos trabajando con nuestros aliados y con Rusia para que entiendan y apoyen más nuestros esfuerzos para hacer frente a la nueva amenaza que suponen los misiles balísticos y estudiar la posibilidad de formas de cooperación innovadoras para aumentar también su seguridad contra esa amenaza.

Un sistema eficaz de defensa nacional antimisiles podría ser parte importante de nuestra estrategia de seguridad nacional, pero no podría ser el no va más de esa estrategia. Nunca podrá serlo para contrarrestar la amenaza nuclear o la amenaza que representan los misiles.

Por otra parte, los misiles balísticos, armados con ojivas nucleares, como he dicho anteriormente, no representan el total de las amenazas que nos acechan. Entre éstas están las armas químicas y biológicas y toda una gama de tecnologías mortíferas para desplegarlas. Así pues, sería una locura basar la defensa de nuestra nación exclusivamente en la estrategia y esperar que los misiles estén ya en pleno vuelo, para sólo entonces tratar de derribarlos.

Debemos trabajar con nuestros aliados, y con Rusia, para evitar que cualesquiera posibles adversarios nos amenacen jamás con armas de destrucción en masa nucleares, químicas o biológicas en primer lugar, y para que no les quepa duda de las consecuencias nefastas que ello les acarrearía.

No podemos permitir que los diferentes elementos de nuestra estrategia compitan entre sí. Deben fortalecerse mutuamente y contribuir a nuestra defensa nacional en todos sus aspectos y esto incluye el muy importante control de los armamentos.

En los últimos 30 años, nuestros presidentes, tanto republicanos como demócratas, han negociado con Rusia una diversidad de tratados de limitación de armamentos. Nosotros y nuestros aliados hemos contado con estos tratados para asegurar la estabilidad estratégica y la

previsibilidad con Rusia, para continuar con la tarea de desmantelar el legado de la guerra fría, y acelerar la transición de la confrontación a la cooperación con nuestro antiguo adversario en el terreno más importante, el de las armas nucleares.

Parte esencial de la estructura de seguridad internacional que hemos construido con Rusia y, por lo tanto, parte esencial de nuestra seguridad nacional, es el Tratado sobre la Limitación de los Sistemas de proyectiles antibalísticos firmado por el Presidente Nixon en 1972. El Tratado ABM limita las defensas antibalísticas de conformidad con un sencillo principio: ninguna de las partes debe desplegar defensas que menoscaben la disuasión nuclear de la otra parte, tentado así a ésta a atacar primero en situaciones de crisis o a adoptar contramedidas que menoscabarían la seguridad de nuestros dos países.

Todavía es importante la estabilidad estratégica, basada en la disuasión mutua, pese al fin de la guerra fría. ¿Por qué? Porque los Estados Unidos y Rusia aún poseen arsenales nucleares que podrían causar su mutua destrucción. Y nuestra relación todavía pasa por un período de transición.

Hemos colaborado de muchas maneras. Hemos firmado un acuerdo de cooperación entre Rusia y la OTAN. Hemos participado al lado de tropas rusas en Bosnia y Kosovo. Pero, aunque ya no seamos adversarios, todavía no somos auténticos aliados. Por lo tanto, para ellos tanto como para nosotros, el mantenimiento de una estabilidad estratégica aumenta la confianza y la seguridad de ambas partes, reduce el riesgo de una confrontación, facilita la construcción de una relación aún mejor en un mundo aún más seguro.

Pero la cuestión es la siguiente: en caso de desplegarse el sistema de defensa nacional antimisiles, tendríamos que modificar el Tratado o retirarnos de él, no porque el sistema comprometa la estabilidad estratégica a la que me he referido, sino porque por su propio tenor, el sistema de defensa nacional antimisiles prohíbe toda defensa nacional de esa índole.

Lo que nos conviene es explorar las defensas más eficaces posibles, no sólo para nosotros mismos, sino para otros Estados respetuosos de la ley, y mantener nuestra estabilidad estratégica con Rusia. Hasta ahora, Rusia no se ha mostrado dispuesta a aceptarlo, temerosa, francamente así lo creo yo, de que en algún sentido, este sistema, o alguna encarnación futura de él, pueda comprometer la fiabilidad de su disuasión y, por lo tanto, la estabilidad estratégica.

Sin embargo, en nuestra cumbre celebrada en Moscú en junio, el Presidente Putin y yo sí reconocimos que el mundo ha cambiado desde que se firmara el Tratado ABM hace 28 años, y que la proliferación de la tecnología de misiles ha dado lugar a nuevas amenazas que podrían exigir la enmienda de ese Tratado. Y repito, esas amenazas no son amenazas para los Estados Unidos únicamente.

Rusia reconoce que existe una nueva amenaza debido a los misiles. De hecho, por su ubicación geográfica, es especialmente vulnerable a esa nueva amenaza. Con el tiempo, espero que los Estados Unidos puedan reducir sus diferencias con Rusia a este respecto. La decisión que he adoptado ahora da a los Estados Unidos más tiempo para ello, y no dejaremos de aprovecharlo.

El Presidente Putin y yo acordamos intensificar nuestra tarea en relación con la defensa estratégica, procurando simultáneamente lograr mayores reducciones de armamentos en START III. Tanto él como yo hemos ordenado a nuestros expertos que emprendan nuevas iniciativas de cooperación en esferas como la defensa contra proyectiles tácticos, la alerta temprana y conversaciones sobre la amenaza de los misiles para la próxima reunión que celebraremos apenas dentro de una semana en Nueva York.

Aparte de los rusos, otra consideración diplomática esencial en la decisión sobre la defensa nacional antimisiles es la opinión de nuestros aliados de la OTAN. Todos ellos han afirmado claramente que esperan que los Estados Unidos prosigan con su defensa estratégica de suerte que se mantenga, y no se revoque, el Tratado ABM. Si decidimos seguir adelante con el despliegue del sistema de defensa nacional antimisiles deberemos contar con su apoyo, porque algunos de sus componentes esenciales estarían instalados en bases en sus territorios.

Mi decisión también da tiempo a los Estados Unidos para responder a las preguntas de nuestros aliados y para celebrar nuevas consultas sobre el camino a seguir.

Por último, debemos tomar en consideración cómo repercutiría en Asia la decisión de desplegar el sistema. Cuando el próximo Presidente decida efectuar un despliegue, deberá poner cuidado en no estimular una capacidad nuclear regional ya peligrosa desde China hasta el Asia meridional. Quiero que quede bien claro: ninguna nación tendrá jamás un derecho de veto en relación con nuestra seguridad nacional, aun cuando los Estados Unidos y Rusia no pudieran llegar a un acuerdo; y aun cuando no pudiéramos asegurar el apoyo de nuestros aliados en un principio; aun cuando llegáramos a la conclusión de que los chinos responderían al sistema de defensa nacional antimisiles incrementando considerablemente su arsenal de armas nucleares, con sus repercusiones secundarias inevitables en la India y posteriormente en el Pakistán.

Sin embargo, el próximo Presidente podría decidir que nuestros intereses en materia de seguridad en el siglo XXI dictan que debemos seguir adelante con el emplazamiento del sistema de defensa nacional antimisiles. Pero no debemos nunca pasar por alto el hecho de que las acciones y reacciones de los demás en este mundo cada vez más interdependiente ejercen indudablemente su influencia en nuestra seguridad.

Por lo tanto, sería sin duda muchísimo mejor seguir avanzando en el contexto del Tratado ABM. Aún no hemos agotado nuestros esfuerzos en este sentido. Para mí, el fondo del asunto en relación con esta decisión es el siguiente: dado que la nueva amenaza de una agresión con misiles es real, tenemos la obligación de desarrollar un sistema de defensa antimisiles que aumente nuestra seguridad.

Hemos conseguido algunos adelantos, pero no debemos seguir avanzando mientras no tengamos confianza absoluta en que el sistema funcionará, y mientras no hayamos agotado todo esfuerzo diplomático razonable para minimizar el costo del despliegue, y optimizar el beneficio, como ya lo he dicho, no sólo para la seguridad del país, sino para la seguridad de todas las naciones del mundo respetuosos de la ley que están expuestas a la misma amenaza.

Estoy convencido de que nosotros y el mundo saldremos ganando si exploramos las fronteras de las defensas estratégicas, sin dejar de insistir en la limitación de los armamentos, de solidarizarnos con nuestros aliados y de colaborar con Rusia y otras partes para poner fin a la proliferación de armas mortíferas.

Estoy firmemente convencido de que es lo mejor para los Estados Unidos y, por lo tanto, la decisión a la que he llegado hoy obra en favor del interés superior de la seguridad del país. En resumen, debemos avanzar con realismo, con firmeza y con prudencia, sin subestimar la amenaza a que hacemos frente, ni suponer que podemos vencerla pasando por alto nuestro entorno estratégico general, incluidos los intereses y preocupaciones de nuestros aliados, amigos y otras naciones. Todo sistema de defensa nacional antimisiles, en caso de ser desplegado, deberá ser parte de una estrategia más amplia para preservar y fortalecer la paz, el poderío y la seguridad de que gozamos actualmente y para construir un mundo aún más seguro.

He procurado extremar la capacidad del próximo Presidente para aplicar esa estrategia. En este empeño, he procurado extremar las posibilidades de que todos ustedes, jóvenes estudiantes, puedan vivir en un mundo más seguro, más humano, más positivamente interdependiente. Espero haberlo logrado. Creo que lo he logrado.

Muchas gracias.

NOTA DESCRIPTIVA

Defensa nacional antimisiles

El Gobierno de Clinton está empeñado en el desarrollo de un sistema limitado de Defensa Nacional Antimisiles (NMD) ideado para proteger a los 50 Estados de la nueva amenaza de misiles balísticos de naciones que amenazan la paz y la seguridad internacionales. De producirse un ataque, satélites americanos detectarían el lanzamiento de los misiles; se seguiría la trayectoria de las ojivas enemigas mediante el radar; y se destruirían los misiles con interceptores de alta precisión y gran velocidad emplazados en tierra, antes de que pudieran alcanzar objetivos en los Estados Unidos.

DECISIÓN SOBRE LA DEFENSA NACIONAL ANTIMISILES

El Presidente Clinton ha anunciado hoy que el programa de defensa nacional antimisiles es lo suficientemente prometedor y económicamente viable como para justificar que se siga perfeccionando y ensayando, pero que no se cuenta con información suficiente sobre la eficacia técnica y operacional de todo el sistema de defensa nacional antimisiles como para proceder a desplegarlo.

Para llegar a esta decisión, el Presidente ha ponderado la amenaza, el costo, la viabilidad técnica y la repercusión general sobre nuestra seguridad nacional de seguir adelante con el sistema de defensa nacional antimisiles. Ha tenido en cuenta un examen técnico general por parte del Departamento de Defensa, así como los criterios de sus principales asesores en materia de seguridad nacional.

El Pentágono ha conseguido algunos adelantos respecto de la elaboración de un sistema capaz de hacer frente a la amenaza que pueden llegar a ser los misiles. Pero no disponemos de información suficiente para llegar a la conclusión de que funcionará con toda fiabilidad en condiciones reales. No se han ensayado algunos elementos críticos del programa, como los cohetes propulsores de los interceptores de misiles; y quedan algunas cuestiones pendientes respecto de la capacidad del sistema de hacer frente a contramedidas. El Presidente ha aclarado que no debemos seguir avanzando mientras no tengamos más confianza en que el sistema realmente va a funcionar y mientras no hayamos agotado todo esfuerzo diplomático razonable para reducir los costos a un mínimo.

El Pentágono seguirá perfeccionando y ensayando el sistema de defensa nacional antimisiles. El proyecto aún está en su fase inicial: hasta ahora se han realizado 3 de los 19 ensayos de interceptación previstos. También se realizarán pruebas y simulaciones adicionales en tierra.

El desarrollo de nuestro sistema de defensa nacional antimisiles es parte de la estrategia de seguridad nacional general del Gobierno para evitar que posibles adversarios amenacen a los Estados Unidos con esas armas y para evitar que las adquieran en primer lugar.

Los acuerdos de limitación de los armamentos con Rusia son parte importante de esta estrategia, porque garantizan la estabilidad y la previsibilidad entre los Estados Unidos y Rusia, promueven el desmantelamiento de las armas nucleares y contribuyen a completar la transición

de la confrontación con Rusia a la cooperación con ésta. El Tratado sobre la Limitación de los Sistemas de proyectiles Antibalísticos (ABM) de 1972 limita las defensas antimisiles según un sencillo principio: ninguna de las partes debe desplegar defensas que menoscaben la disuasión nuclear de la otra parte, evitando así que ésta ataque primero en situaciones de crisis o que adopte contramedidas que comprometerían la seguridad de nuestros dos países.

Este anuncio nos dará más tiempo para examinar con Rusia el objetivo de modificar el Tratado ABM que permita el despliegue de un sistema limitado de defensa nacional antimisiles que no debilite la estabilidad estratégica. Los Estados Unidos también seguirán consultando con sus aliados y continuarán el diálogo con China y otros Estados.

Un programa de defensa nacional antimisiles que responda a la amenaza prevista

En agosto último, el Presidente decidió que la estructura inicial del sistema de defensa nacional antimisiles contara con: 100 interceptores emplazados en tierra desplegados en Alaska, 1 radar de defensa contra proyectiles balísticos en Alaska y 5 radares perfeccionados de alerta temprana.

Este enfoque es el más rápido, el más económicamente viable y tecnológicamente el más avanzado para desplegar un sistema eficaz de defensa nacional antimisiles de cara a la amenaza prevista. Protegería a los 50 Estados contra cualesquiera nuevas amenazas procedentes de Corea del Norte y del Oriente Medio, y está optimizado contra la amenaza más inmediata y segura, a saber, Corea del Norte.

El 23 de julio de 1999, el Presidente Clinton promulgó la Ley H. R. 4, o "Ley sobre la defensa nacional antimisiles de 1999", y dijo que la política de los Estados Unidos era desplegar tan pronto como fuera tecnológicamente posible un sistema nacional eficaz de defensa antimisiles. La legislación incluye dos enmiendas apoyadas por el Gobierno: en la primera se aclara que todo despliegue de un sistema de defensa nacional antimisiles estará supeditado a un proceso de autorización y consignación de fondos y que, por lo tanto, no se ha tomado ninguna decisión acerca del despliegue; en la segunda enmienda se afirma que la política de los Estados Unidos es conseguir reducciones negociadas continuas de las fuerzas nucleares rusas, dejándose constancia de que el Congreso sigue apoyando las reducciones negociadas de misiles estratégicos, y reafirmando la posición del Gobierno de que en la política de defensa antimisiles deberían tenerse en cuenta los importantes objetivos del control de los armamentos y la no proliferación nuclear.

Presupuesto del sistema nacional de defensa antimisiles

El Gobierno de Clinton ha gastado aproximadamente 5.700 millones de dólares en la defensa nacional antimisiles y ha asignado un presupuesto adicional de 10.400 millones de dólares durante los ejercicios económicos de 2001 a 2005 para financiar el posible despliegue de la estructura inicial de un sistema de defensa nacional antimisiles.

Nuestra estimación actual para el desarrollo, los costos de adquisición y de despliegue de nuestro sistema inicial -100 interceptores, 1 radar de defensa contra proyectiles balísticos, la modernización de 5 radares de alerta temprana, y el comando y control- ascienden a unos 25.000 millones de dólares (ejercicios económicos de 1991 a 2009). Pero, poniendo todo

ello en perspectiva, representa menos del 1% del presupuesto de defensa para los próximos seis años.

Declaración conjunta sobre los principios de la estabilidad estratégica

En la cumbre de Moscú, celebrada el 4 de junio, los Presidentes Clinton y Putin firmaron una Declaración conjunta sobre los principios de la estabilidad estratégica. En los Principios se afirma que la comunidad internacional se enfrenta a la peligrosa y creciente amenaza de la proliferación de armas de destrucción en masa y sus vectores, incluidos los misiles y la tecnología de los misiles, y que es necesario hacer frente a esas amenazas, en particular mediante posibles enmiendas al Tratado ABM. En los Principios también consta el común acuerdo de intensificar las conversaciones sobre las cuestiones relativas a los proyectiles antibalísticos y el Tratado START III.

Declaración conjunta sobre la cooperación en materia de estabilidad estratégica

Los Estados Unidos han subrayado que están dispuestos a establecer una cooperación seria con Rusia para hacer frente a la amenaza que pueden llegar a ser los proyectiles balísticos y han propuesto algunas ideas concretas para sus conversaciones. En la cumbre de Moscú del 4 de junio, los Presidentes Clinton y Putin firmaron un acuerdo para el establecimiento de un Centro Conjunto para el intercambio de datos procedentes de los sistemas de alerta temprana y las notificaciones de lanzamientos de misiles; también convinieron en estudiar las posibilidades de una cooperación más estrecha para hacer frente a la amenaza de los misiles.

El 21 de julio los Presidentes Clinton y Putin firmaron en Okinawa una Declaración Conjunta sobre la cooperación en materia de estabilidad estratégica, en la que se señalan esferas y proyectos concretos de cooperación para limitar la proliferación de los misiles, de la tecnología de misiles y de las armas de destrucción en masa.
